Alfonso Reyes Dialoga con los «Nuevos»: Bernárdez, Borges, Molinari y Marechal

Rose Corral[1*]

¡Ah! Si pudiéramos siempre estar con los jóvenes
Carta de Alfonso Reyes a Guillermo de Torre,
Madrid, 17 de diciembre de 1921.

1. Los Epistolarios y el Diario, de Alfonso Reyes

Con su habitual ironía, en alguna ocasión, Carlos Monsiváis se refirió al «mausoleo» de las *Obras completas* del polígrafo mexicano Alfonso Reyes, que cuentan con veintiséis tomos, que el escritor proyectó y empezó a organizar y a publicar antes de su muerte en 1959. Monsiváis agregaba que «el nombre de Reyes suele evocar el escritor por antonomasia […], el monumento aislado en la reverencia» (Monsiváis, 1989, p. 505). Tal vez este proyecto «monumental», que no invita a la lectura, opacó pronto la fama continental que el escritor tuvo en vida, en particular en la Argentina, donde fue embajador de México en dos ocasiones, entre 1927 y 1930, y entre 1936 y 1938, antes del retorno definitivo al país, treinta y cinco años después de su salida en agosto de 1913. Pero, en esas *Obras completas*, no estaba contemplada la publicación de su escritura privada, también «monumental»: su vasta correspondencia y el *Diario*, ambos todavía en proceso de publicación. Aunque las dos estancias de Reyes como embajador en la Argentina han sido en buena medida documentadas, en especial en el libro *Alfonso Reyes en Argentina*, que fue uno de los primeros en juntar materiales dispersos en la prensa argentina de aquellos años (Robledo Rincón, 1998), la escritura privada de Reyes, poco frecuentada todavía por la crítica, amerita nuevas lecturas y revisiones: es la que nos permite explorar nuevas tramas y armar nuevas narrativas que inciden, en este caso, en la historia de los intercambios literarios y culturales entre México y el Río de la Plata en la década de 1920.

[1*] Profesora-investigadora del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México desde 1986. Correo electrónico: rcorral@colmex.mx

La lectura de los epistolarios y del *Diario* confirma esa vocación que tuvo Reyes por ser enlace o puente entre escritores de varias latitudes. Fue, sin duda, uno de los escritores latinoamericanos de la primera mitad del siglo xx que más se empeñó en promover los intercambios transatlánticos (América-Europa y viceversa) y, a partir de 1927, fecha en que llega a Buenos Aires, entre Norte y Sur de América Latina: *Norte y Sur* es precisamente el título que le puso al libro que reúne sus ensayos sobre la Argentina y el Brasil (Reyes, 1944). Aunque con algunos de sus corresponsales hay notas más personales o íntimas (desde luego, con su amigo Pedro Henríquez Ureña o con el escritor y diplomático mexicano Genaro Estrada), el grueso del epistolario está dedicado a cuestiones literarias, editoriales, a sus proyectos de libros y a sus estudios. Es, precisamente en este material, en el que se aprecia la incesante actividad de Reyes: no solo los múltiples intercambios que impulsa entre distintos corresponsales, sino también el envío de revistas, de libros propios y ajenos e, incluso, consultas eruditas varias en torno a datos histórico-literarios, filológicos, cuando le faltan precisiones para algunos de sus trabajos. Es ilustrativa, en este sentido, la correspondencia publicada entre Reyes y los filólogos argentinos Raimundo y María Rosa Lida Reyes: aunque le encarga a Lida búsquedas bibliográficas en la Biblioteca de Harvard y lo consulta sobre distintos trabajos críticos suyos, en una carta de 1954, se referirá a la filología como a «una etapa preparatoria» de su carrera, porque, agrega, ya no «vuelvo a sentirme filólogo» (Alfonso Reyes / Raimundo Lida / María Rosa Lida de Malkiel, 2009, p. 64). Podría entonces decirse que lo que hizo Reyes a lo largo de su vida fue armar múltiples «redes», como se dice hoy, para impulsar un amplio y fecundo diálogo literario y cultural entre americanos en el continente y, desde luego, entre Europa y América. Fue a partir de sus largas estancias fuera de México como diplomático en España, Francia, Argentina y Brasil, que Reyes inició esta vasta red de contactos. No de otro modo se explica, por ejemplo, la presencia de escritores mexicanos en las revistas *Proa* o *Martin Fierro*, e incluso la publicación, en la Argentina, de algunos libros importantes del grupo mexicano Contemporáneos: los poemas en prosa, *Línea* (1930), de Gilberto Owen, en los Cuadernos del Plata, la colección que funda Reyes en Buenos Aires o, más tarde, en *Sur*, el poemario

Nostalgia de la muerte (1938), de Xavier Villaurrutia, que Reyes le recomienda a Victoria Ocampo (Correspondencia Alfonso Reyes / Victoria Ocampo, 2009, p. 47).

Hay que destacar, de entrada, el papel que tuvo Pedro Henríquez Ureña, instalado en La Plata desde finales de 1924, en la difusión de la obra Reyes en la Argentina, dando a conocer sus libros a los integrantes de la revista platense *Valoraciones*, y también a los de *Proa* y *Martín Fierro*. En una carta de Reyes a Henríquez Ureña, de 1925, aquel alude concretamente a los «planes» de su amigo «para mis colaboraciones en la Argentina» (Henríquez Ureña / Reyes, 1983, p. 298). Un poco después, el ensayista dominicano le informa a Reyes que le entregó a Borges el poemario *Pausa* para que lo comente en algunas de las revistas de los jóvenes (Henríquez Ureña / Reyes, 1983, p. 336)[2]. Por razones entendibles, a raíz de la proyección internacional de la obra de Borges en los años sesenta del siglo pasado, la crítica ha privilegiado y, agregaríamos incluso aislado, cuando se toca el tema, la sola relación entre Reyes y Borges: el *Diario* y los epistolarios nos muestran en cambio que la amistad con Reyes, en esos años veinte y treinta, fue, en realidad, con el grupo de los «chicos argentinos» o «la muchachada», que lo visita en la embajada de México los domingos por la tarde (Reyes, 1969, p. 235)[3]. Los nombres que regresan, una y otra vez, en el *Diario*, tal vez los más asiduos visitantes de la embajada, son los de Ricardo Molinari, Francisco Luis Bernárdez, Leopoldo Marechal y Jorge Luis Borges. Es oportuno recordar aquí, a propósito de Reyes y Borges, que fue el joven poeta mexicano José Emilio Pacheco el primero en interesarse, en 1963, por la correspondencia entre ambos, y es también uno de los primeros epistolarios de Reyes que aparece en México.

[2] La nota de Borges sobre *Pausa* aparece, en efecto, en la revista *Valoraciones* (núm. 11, ene. de 1927), meses antes de la llegada de Reyes a Buenos Aires.

[3] Los domingos por la tarde los reservaba Reyes, en efecto, a sus jóvenes amigos. En una carta de Borges a Reyes, escrita en 1930, poco después de su salida al Brasil, el porteño se lamenta de que «nuestros domingos a la tarde ya no tienen destino…» (Pacheco, 1979, p. 5). En una carta a Reyes, muy posterior, de 1954, Bernárdez recuerda esos tiempos pasados: «¡Ay, aquellos tiempos de la calle Arroyo, cuando íbamos a la embajada casi diariamente! Con Molinari, con Borges, con Marechal no me olvido de tan alegres días» (Capilla Alfonsina-INBAL).

Gran lector de ambos escritores, Pacheco visita la Capilla Alfonsina (la casa-biblioteca de Reyes en la ciudad de México) el 16 de julio de 1963, y, como lo contará años después, «[sentado] en el escritorio de don Alfonso», copió, «en su máquina Hermes Baby de cinta azul», las diecisiete cartas que se encontraban en la Capilla y que publicará de manera anónima en el suplemento *La Cultura en México*, de la revista *Siempre*, el 7 de agosto de 1963 (Pacheco, 1963). Su propósito, «modesto», como lo explica años después, fue el de «contribuir al estudio de una amistad literaria» (Pacheco, 1979, p. 1)[4].

Otro martinfierrista, tal vez menos conocido, Ulises Petit de Murat, con quien Borges dirigió, en 1933, el suplemento del diario *Crítica*, *La Revista Multicolor de los Sábados*, recuerda él también esos domingos en la embajada, la «amistad cálida y comprensiva» de Reyes y destaca un «gesto» suyo al que no estaban acostumbrados: «Elogió la juventud». Y agrega: «No se refugiaba en la penumbra polvorienta de la academia y los falsos consagrados. Respondió a nuestro anhelante llamado […]. Buscábamos siempre, aunque sin confesarlo, al maestro, ¿sabe Alfonso Reyes en qué medida lo fue, sin proponérselo, de nuestra generación?» (Petit de Murat, 1957, p. 438). El «elogio a la juventud», como sostiene Petit de Murat, puede corroborarse al revisar algunas de las entrevistas que dio Reyes al llegar a la Argentina en julio de 1927. El 3 de julio de 1927, en el diario *La Época*, no tiene reparos en dar su punto de vista sobre la «nueva sensibilidad» a la que se refiere con simpatía: «Hay un ritmo constante de renovación de la vida, al que no puede escapar la literatura. La nueva sensibilidad es un fenómeno tan natural que no hay por qué extrañarse de sus originales preceptivas» (Reyes, 1927a). Alude, asimismo, en otra entrevista, a la necesidad de elaborar una nueva «tabla de valores» para entender a América porque «América es, en el mundo, algo nuevo y distinto», que no debe compararse con Europa «como tradicionalmente ha venido ocurriendo», sino con los países del continente: «¿Por qué aguardar el juicio de los críticos de aquellos países? Debemos aprender a estimarnos comparándonos entre nosotros, construyendo, al fin nuestra propia

[4] En este mismo ensayo de 1979, Pacheco alude a los trabajos de James Willis Robb (1967) y de Donald A. Yates (1978) en torno a esta amistad.

tabla de valores» (Reyes, 1927b, p. 77). El comentario de Reyes tuvo que serles particularmente grato a los martinfierristas que acababan de tener, en las páginas de su revista, la conocida polémica acerca del meridiano intelectual de América. En un texto posterior publicado en el diario *Crítica*, «Los ideales y la moral de la actual generación», Reyes refrenda esa empatía con la juventud literaria y acaba confesando, con un guiño cómplice hacia al lector, «¡Qué quiere usted! El corazón no envejece, y cada uno cree que él es la nueva generación» (Reyes, 1929).

Hace algunos años, gracias precisamente a su *Diario* y a varios de sus epistolarios, entonces mayormente inéditos, pudimos reconstruir la historia del único número de la revista argentina *Libra*, publicada en agosto de 1929, una revista que dirigieron dos de los nuevos poetas argentinos, Francisco Luis Bernárdez y Leopoldo Marechal, en la que Reyes tuvo un papel central: los jóvenes contaron no solo con la guía y estrecha colaboración del escritor mexicano, sino también con su entusiasmo para llevar a buen puerto la empresa (Corral, 2003). Al salir Reyes para el Brasil en 1930 y al viajar Marechal a Francia, en diciembre de 1929, ya no habría de aparecer el segundo número que estaban preparando[5]. Una sección de *Libra*, «Correo Literario», una suerte de taller literario con notas diversas, se debe, prácticamente, a Reyes, y es, sin duda, el antecedente de su revista personal, *Monterrey*, que publica en el Brasil a partir de 1930.

Si volvemos ahora a la entrañable amistad y al diálogo que Alfonso Reyes tejió con el grupo de jóvenes escritores, la vanguardia de aquellos años, una zona que podría parecer mínima a primera vista, es porque este intercambio, como lo veremos más adelante, ofrece otras posibles lecturas que muestran lo decisivo que fue tanto para los jóvenes escritores argentinos como para el propio Reyes. Esta cercanía tendrá

[5] Otra muestra del afecto y cercanía que tuvo Alfonso Reyes con los nuevos se aprecia en la despedida personal que el embajador Reyes quiso hacerle a Marechal, ya que se desplazó hasta el barco que lo llevaba a Europa. En la foto, publicada en el diario *El Mundo* (Buenos Aires, 22 de dic. de 1929), aparecen también Ricardo Molinari y Francisco Luis Bernárdez junto a Marechal y Reyes (Capilla Alfonsina-INBAL). En enero de 1931, de regreso a Buenos Aires, Marechal visita a Reyes durante su escala en Río de Janeiro, algo que consigna Reyes en su *Diario*: «El 20 pasó a bordo del *San Martín*, de regreso de Europa a Buenos Aires, Leopoldo Marechal, lleno de entusiasmo argentino, tras un año de vivir en Europa» (Reyes, 2011, p. 28).

cosechas inmediatas, y otras, tal vez menos visibles a largo plazo, porque esta amistad y sostenida «conversación»[6] con los nuevos tuvo que ver con las cuestiones que se debatían intensamente en la Argentina y en el continente todo en torno al arte nuevo y a las relaciones entre Europa y América.

2. Los «Chicos Argentinos» y el Precursor

Alfonso Reyes es recibido y homenajeado tanto por la revista *Nosotros*, de larga trayectoria cuando llega Reyes, por la revista de izquierda *Claridad,* las revistas *Valoraciones* y *Caras y Caretas*, como por *Martín Fierro*, iniciada apenas tres años antes. Hombre de concordia, Reyes siempre cuidará sus relaciones con todos los interlocutores del campo cultural argentino, aunque muy pronto, después de su llegada a la Argentina, empieza el vínculo amistoso y literario con los jóvenes de *Martín Fierro*. En marzo de 1928, Borges, Bernárdez y Marechal intentan revivir la revista *Proa*, que había concluido su ciclo en enero de 1926, y le solicitan una colaboración a Reyes (Reyes, 1969, p. 214)[7]. Poco tiempo después, solicitado nuevamente por los jóvenes, Reyes piensa en emprender proyectos literarios conjuntos: el 29 de noviembre de 1928, escribe, en su *Diario*, que quiere hacer una serie de cuadernos con «los chicos argentinos» (Reyes, 1969, p. 233). Unos días después, anota: «Los chicos me recordaban que en España yo colaboré en *España*, la *Revista de Filología Española* y en mil cosas más y que fundé —con Juan Ramón— Índice y su colección los "Cuadernos Literarios de la Lectura" […]. Quieren que aquí también deje huella» (Reyes, 1969, p. 235). Y así empiezan a fraguarse tanto la revista *Libra* como los Cuadernos del Plata, una colección que Reyes dirigirá y que se encargará de editar Evar Méndez, el antiguo director de *Martín Fierro*, en la que Reyes «sueña» reunir a escritores argentinos y mexicanos (Reyes, 1969, pp. 235-236).

Uno de los jóvenes más cercanos a Reyes, entre 1927 y 1930, fue el poeta Ricardo Molinari, con quien compartió la afición a la poesía de

[6] Reyes otorgaba un enorme valor a la «conversación» considerada como «compendio de vida» e «indicio de cultura», algo que practicó con la juventud porteña (Reyes, 1928).

[7] Véase, en el «Apéndice», este intercambio epistolar con Reyes.

Góngora y de Mallarmé, y al que lo unió un profundo afecto. Reyes gustaba de «callejear» con él por Buenos Aires (Reyes, 1969, p. 267), y a Genaro Estrada le escribió que «es un muchacho lleno de vocación por los libros y de sentido de la amistad», y agregó que «es una criatura excelente, un muchachito moreno, de dientes blancos, de suavidad mexicana, y de corazón puesto en el zócalo de México» (Alfonso Reyes / Genaro Estrada, 1993, p. 172). Estando ya Reyes en el Brasil, en 1935, Molinari habría de acudir nuevamente a él y, en nombre propio y de sus amigos, habría de buscar su apoyo: «Habíamos pensado Bernárdez, Marechal y yo, que Ud. se ocupara en La *Nación* o en *Sur* de nuestros libros. Es necesario que Ud. lo haga, que dé un llamado a la sordidez argentina ante la poesía» (Zaïtzeff, 2008, p. 377). En 1948, en otra carta a Reyes, Molinari escribió: «Siempre le recordamos por aquí, está usted entre nosotros acompañándonos con tanta lección y conducta, y qué bien nos hace, querido Alfonso» (Zaïtzeff, 2008, p. 386). Y Francisco Luis Bernárdez, tal vez el más efusivo de todos, el que no soporta Buenos Aires y su dureza cuando sale Reyes al Brasil, en 1930, es el que mejor le expresa la congoja y desazón en que los ha dejado su reciente partida: «Desde que usted se fue, Buenos Aires es insoportable. No solo para mí. Para todos los muchachos. Estamos desalentados, aburridos, en el aire. No sé. "¿Para qué escribir —me decía ayer el amigo Molinari—, si ya se fue don Alfonso?" Es cierto. La sola presencia de usted era un estímulo. Ahora, Buenos Aires vuelve a ser el Buenos Aires de siempre. Hostil. Receloso. Duro» (Bernárdez, Capilla Alfonsina-INBAL). En 1935, Bernárdez sigue reclamando la vuelta de Reyes a la Argentina: «¿No será posible que algún día vuelva usted de embajador a Buenos Aires? Usted es necesario acá. Y ahora más que nunca» (Bernárdez, Capilla Alfonsina-INBAL).

Si, por una parte, los «nuevos» encuentran en Reyes a un escritor reconocido, receptivo a sus inquietudes, por otra, hay que decir que para Reyes este diálogo con la juventud argentina será también una oportunidad, y tal vez la única, de afianzarse en el papel de «precursor» de la vanguardia literaria, un lugar grato a Reyes, y que, de algún modo, los había acercado ya a Ricardo Güiraldes y a Macedonio Fernández. El intercambio no se dio entonces, como parecería, en un sentido único, el de Reyes como orientador de la nueva generación

argentina, sino que el propio Reyes pudo asumirse como un escritor moderno, el que abre puertas a la juventud, un papel que se venía perfilando desde los años ultraístas en España. Y esta sería la primera trama, poco explorada, que se abre paso con la lectura del *Diario* y del epistolario de Reyes.

¿Cómo se da entonces esa sintonía, esa buena química, no exenta, por supuesto, de desencuentros y tensiones, entre el recién llegado y el pequeño grupo de martinfierristas? Reyes llegaba, de algún modo, preparado por su previa relación con Guillermo de Torre y los ultraístas españoles, pero tal cercanía no se concretaría durante su estancia madrileña y no se lograría un verdadero intercambio. Las cartas de Guillermo de Torre a Reyes, sus incitaciones para que colabore en *Ultra* y en *Tableros*, las revistas españolas ultraístas, son explícitas. En diciembre de 1921, Reyes contesta, complacido, a una misiva de Torre: «Le agradezco a usted mucho la apreciación generosa y la situación de precursor que usted me concede, grato a la última juventud» (Alfonso Reyes / Guillermo de Torre, 2005, p. 48). Pero Torre pasará pronto a la ofensiva o a la invitación directa, sin tapujos, en marzo de 1922: «… ¿cuándo se adhiere usted explícitamente a la ribera vanguardista, respondiendo a las invitaciones de nuestras *Tableros* y *Ultra*?» (Alfonso Reyes / Guillermo de Torre, 2005, p. 53). Y Reyes, que comparte, sin duda ese culto a la juventud, muy propio de la época vanguardista, retrocede y le da sus razones a Torre: «No he enviado nada a *Tableros* ni a *Ultra* porque me parece que, realmente, estas cosas que hago, disuenan allí» (Alfonso Reyes / Guillermo de Torre, 2005, p. 54). También en México los estridentistas se sentirán afines a Reyes, un escritor, escribe Arqueles Vela en 1924, «moderno de emoción y sensibilidad», que «los estridentistas, como los ultraístas en España, consideramos un elemento nuestro» (Vela, 1924).

La reticencia de Reyes a colaborar con los ultraístas no se volverá a repetir en Buenos Aires con los martinfierristas, aunque también persistirán algunas dudas, un movimiento a la vez de acercamiento y de alejamiento, cuando Reyes juzga que los audaces jóvenes martinfierristas, en su afán por reivindicarlo como uno de los suyos, traspasan ciertos límites que amenazan enemistarlo con otros interlocutores del

campo cultural argentino[8]. Pero con todo, en la Argentina, Reyes ya no tendrá reparos en proyectar y echar a andar varias colaboraciones literarias con los «nuevos», algo que no hizo en España ni tampoco hará en México por encontrarse lejos del país.

La buena predisposición de Reyes hacia los jóvenes argentinos se entiende mejor al leer la correspondencia ya aludida con Pedro Henríquez Ureña, gran amigo suyo desde los años del Ateneo de la Juventud en México. A la vez que va preparando el terreno para la buena acogida de Reyes en la Argentina, le da noticias del ambiente literario porteño, de los libros que aparecen, de los grupos y de las revistas. El juicio de Henríquez Ureña, en una carta de 1925 a Reyes, entonces en París, es muy claro: destaca dos buenas revistas, *Proa* y *Martín Fierro*, «las ultraístas», y además le comenta que «son la gente con quien me entiendo mejor en Buenos Aires. Los otros literatos están apergaminados la mayoría […]. Entre la muchachada, hay muchos poetas buenos; los más colaboran en *Proa* y *Martín Fierro*» (Henríquez Ureña / Reyes, 1983, p. 293)[9].

Independientemente del culto a la juventud del que participa Alfonso Reyes y al que nos hemos referido —lo cual explicaría, en parte, la buscada cercanía con los «nuevos»—, el epistolario del mexicano con Valery Larbaud permite plantear otra hipótesis que podría esclarecer esa sintonía suya con el grupo martinfierrista. Reyes considera algunas de sus propias obras como precursoras de la vanguardia, y alude concretamente a su libro de cuentos *El plano oblicuo*, publicado en Madrid, en 1920. Traducido al francés por Jean Cassou, desde 1924, el libro se encuentra detenido en la prestigiosa editorial Gallimard:

[8] La larga carta que le envía Reyes a Ortega y Gasset, en enero de 1930, es bastante explícita en torno a algunas de sus diferencias con la juventud literaria y a los malentendidos a que ha dado lugar un texto suyo juguetón, «Las jitanjáforas», que publicó en *Libra*, y que fue leído por algunos como un testimonio de su adhesión al bando vanguardista (Corral, 2003, p. 165). También en el *Diario* aflora su malestar por la «politiquilla literaria de los grupos o *patotas*» (Reyes, 1969, p. 297).

[9] En una carta de Borges a Reyes, del 28 de agosto de 1955, no es casual que aquel asocie en su recuerdo a ambos escritores: «Nunca lo olvido, ni nuestras charlas con Pedro Henríquez Ureña, ni lo que he gozado y aprendido con sus libros» (Pacheco, 1979, p. 11).

> Sufro de ver que Gallimard no publica nunca mi *Plano oblicuo* […]. Lo que sé es que me perjudica el paso de los años, y mi libro […] (anterior al «surréalisme») envejece por instantes como acontece (permítame la palabra *jactanciosa*) con todos los precursores de las revoluciones!! (Valery Larbaud / Alfonso Reyes, 1972, p. 53).

Y es cierto que, en las últimas décadas, la crítica de Reyes ha hecho una lectura cubista de *Visión de Anáhuac* (1917) y ha señalado que la superposición de perspectivas o planos, en ese texto, configuran una suerte de *collage*; en *El plano oblicuo*, ha destacado la dimensión irreal de varios relatos, el entrevero de sueño y de realidad, que lo acercaría al surrealismo. José Emilio Pacheco, en las conferencias que dictó en 1999, en El Colegio Nacional por el centenario del natalicio de Borges, agregó otro elemento innovador en la prosa de Reyes que pudo tal vez mostrarle a aquel un camino para futuros textos suyos:

> A partir de la frecuentación de Reyes y Henríquez Ureña, Borges escribe una prosa distinta y algunos años más tarde emprende la escritura de cuentos que son ensayos y de ensayos que son cuentos, tentativa que ya había hecho Reyes tanto en *El plano oblicuo* como en *Retratos reales e imaginarios*, para citar sólo dos ejemplos" (Pacheco, 2019, p. 70).

Es entonces el Reyes que quiere ser leído como precursor e innovador, cercano a la juventud, quien encuentra un terreno fértil de diálogo con los «nuevos» argentinos.

3. En Torno a la Cuestión Nacional: Una Polémica Privada

Una segunda trama de mayor alcance, si se observa en perspectiva a lo largo de los años, tanto para Reyes como para la «muchachada», es la polémica privada que tuvo que sortear el mexicano con los «chicos argentinos» en torno a su defensa, rabiosa en esos años, de lo nacional, de lo argentino, algo que combatirá Reyes, argumentando, dando razones, como antes lo hiciera Henríquez Ureña en las conferencias que dicta en Buenos Aires, en 1926, y que fueron recogidas en 1928, en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Es muy probable que esta polémica con los jóvenes fuese un estímulo para Reyes y que esté en el origen de una larga serie de reflexiones suyas sobre el «complejo americano», como lo llama, a lo largo de los años treinta, una reflexión que culmina

en la notable conferencia pronunciada en 1936, en Buenos Aires, «Notas sobre la inteligencia americana», durante la VII Conversación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual dedicada a las relaciones entre las culturas de Europa y de América Latina. Antes de su llegada a la Argentina, en España y en Francia, Reyes no se había ocupado del asunto, metido en su propia obra y en sus trabajos eruditos en el Centro de Estudios Históricos de Madrid con el grupo de Ramón Menéndez Pidal. Hay que recordar también que, muy poco después, en 1932, Reyes enfrentaría, en México, una polémica, esta sí pública, que le reclamaría «su evidente desvinculación de México», polémica a la que se vio obligado a contestar, desde el Brasil, con el folleto «A vuelta de correo» (Reyes, 1960a), en el que ajusta cuentas con los nacionalistas y en donde escribe una frase hoy célebre, por lo menos en México: «La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo» (Reyes, 1960a, p. 439). Reyes le comentará precisamente a uno de los «chicos argentinos», Ricardo Molinari, la respuesta que tuvo que escribir:

> Me han obligado a escribir en México, por tantos desatinos que me dicen en los periódicos: están en pleito sobre si hay derecho o no a ocuparse de lo que todos los hombres se ocupan, o sólo de las cosas de color nacional, y me han provocado con malas artes, y yo he aceptado el reto. Hasta vergüenza me da (Zaïtzeff, 2008, p. 357).

La polémica privada con los «nuevos» se abre paso en una carta confidencial de Reyes a Ortega y Gasset, de enero de 1930, a la que ya aludimos[10], estando Reyes todavía en Buenos Aires por pocos meses más: «Un día, sin buscarlo, me vi rodeado y frecuentado por algunos de los jóvenes que considero más escrupulosos y exigentes en materia de letras». Y admite, buscando la aprobación de Ortega: «Ud. comparte conmigo ese sentimiento de verdadera adoración de la juventud. Comprenderá que las visitas de esos muchachos me hicieron un bien muy grande…» (Corral, 2003, p. 162). Y, dejando entrever el meollo del conflicto, que luego pasa a exponer pormenorizadamente a lo largo de la carta, Reyes escribe: «Sinceramente, nunca pude com-

[10] Véase nota 7.

partir sus puntos de vista en materia nacionalismo y americanismo, pero en esta exageración (que soy el primero en lamentar que no me entusiasme), siempre he visto la semilla de una futura cosecha para el pensamiento americano» (Corral, 2003, p. 162). Hasta aquí, pues, la carta de Reyes a Ortega. Henríquez Ureña había abierto ya, en los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, un camino para salir de la cerrada oposición entre nacionalismo y cosmopolitismo, mostrando las confluencias, los posibles cruces, y sosteniendo que «tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental» (Henríquez Ureña, 1928, p. 29). Es en esa dirección que Reyes profundizará sus reflexiones sobre América Latina hasta lograr un texto esencial sobre lo que llama «la inteligencia americana», en la que convierte, en una magistral vuelta de tuerca, las aparentes desventajas (o «fatalidades») con las que carga el escritor americano: la de ser «sucursal del mundo» (o *periferie*) y la de estar «fuera del foco actual de la civilización», en una ventaja para la cultura americana. Reyes subraya, y fundamenta su juicio en la historia del continente, la temprana apertura de América a «todos los focos culturales el mundo» y al derecho, con total libertad, a todos los beneficios y usos de la cultura occidental (Reyes, 1936). Y terminará su conferencia con un alegato y una defensa de América ante los delegados internacionales reunidos en Buenos Aires: «Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros» (Reyes, 1936).

Esta porosidad y capacidad de absorción de todas las corrientes ajenas vienen a ser entonces, como lo escribirá unos años después en «Posición de América», «el inesperado efecto benéfico de la formación colonial» de América (Reyes 1960b, p. 264). Es en la tradición y en la memoria histórica del continente en donde Reyes encuentra una suerte de «agilidad», como la define también, para tratar con todas las culturas (Reyes 1960b, p. 265). Este giro sustancial le permite a Reyes salir al paso de los nacionalismos estrechos de la hora que reclaman una atención exclusiva a lo propio, a lo nativo. Sin duda, Reyes saca la polémica del círculo vicioso en que se había enfrascado. Pero años antes, en privado, en las conversaciones con los jóvenes

argentinos, le había tocado razonar y atemperar, con su proverbial concordia, sus arrebatos nacionalistas. Estas ideas rendirán frutos en uno de sus jóvenes interlocutores, Borges, cuando, abandonado ya (y sepultado incluso) el criollismo que practica en los años veinte, inicia la escritura de los relatos incluidos en *Ficciones*, que le merecerán, en su país, agravios y desagravios, porque se leen como las prosas de un escritor alejado de lo argentino. Y es entonces cuando Borges vuelve, retoma y amplía, en una suerte de «reescritura»[11], las reflexiones seminales del maestro de su juventud, para responder, a su turno, a los nacionalistas que censuran su obra: lo hace en una «clase» magistral que dicta, en 1951, en el Colegio Libre de Estudios Superiores, y que hoy es una célebre conferencia titulada «El escritor argentino y la tradición». Muestra de esa deuda se encuentra en la Capilla Alfonsina, ya que Borges le envía a Reyes la versión taquigráfica de la clase que el mexicano acoge con enorme satisfacción: «… he leído con verdadero entusiasmo la versión taquigráfica de su clase sobre el escritor argentino y la tradición. Desde lejos, siempre acordes, como dos violoncellos» (Pacheco, 1979, p. 11). En un texto de homenaje a Reyes, que escribe Borges poco después, en 1955, titulado simplemente «Alfonso Reyes», retoma, de otro modo, la lección que había recibido de Reyes en sus años juveniles, pero que, ahora, parece haber hecho suya: «Fue así un favor para Alfonso Reyes haber nacido un poco de trasmano, en América, tierra que hereda las culturas occidentales, pero que no ha jurado devoción a ninguna de ellas» (García, 2010, p. 356). Otro «nuevo» cercano a Reyes en sus años porteños, Leopoldo Marechal, denunciaba ya, antes de la llegada de Reyes, en la revista *Martín Fierro*, los excesos criollistas de la nueva literatura rioplatense (Marechal, 1926), aunque elogiará la novela de Güiraldes, *Don Segundo Sombra*, por lo que tiene de universal. En los años cuarenta, se propone ahondar en lo «autóctono y lo foráneo», en la poesía argentina, y llama a evitar hacer «un arte local», demasiado folklórico: «El día en que pueda reconocerse a un poeta argentino en el elogio abstracto de una rosa, nuestro arte

[11] Retomamos aquí el término de «reescritura» que Michel Lafon usó para referirse al trabajo que lleva a cabo Borges en su propia ficción (Lafon, 1990).

habrá logrado universalizar lo autóctono hasta el grado máximo de sus posibilidades» (Marechal, 1998, p. 146). En 1957, seguía argumentando, en la senda abierta por Reyes y Henríquez Ureña, que los pueblos americanos «tienen un mayor sentido de lo ecuménico que les hace admitir y entender con facilidad (yo diría con "con naturalidad") los hechos universales» (Marechal, 1998, p. 322), una reflexión en la que se trasluce el pensamiento de Reyes sobre lo americano.

Alfonso Reyes dejó innumerables huellas de su paso por el país austral, amistades y afectos que se prolongaron hasta su muerte en 1959, como lo testimonian los varios epistolarios de Reyes con sus amigos rioplatenses. Pero fueron la amistad y el diálogo del precursor con los «nuevos» los que resultaron más fecundos y dieron mayores frutos. Reyes aconsejó, orientó a la juventud, y, a la vez, esta última lo impulsó a seguir profundizando sus ideas en torno a lo americano. En su «Discurso por Virgilio», escrito por aquellos años, Reyes expresa que «es propio de las ideas fecundas crecer solas, ir más allá de la intención del que las concibe, y alcanzar a veces desarrollos inesperados» (Reyes, 1960b, p. 157). Este parece haber sido el camino que abrió tanto la conversación de Reyes, su «hondo ruido de taller, de laboratorio o de biblioteca» (Reyes, 1928), como su trato asiduo con los «nuevos» argentinos.

Apéndice

En 1928, como lo apuntamos en el texto anterior, tres de los jóvenes que habían participado en las revistas *Martín Fierro* y *Proa*, Jorge Luis Borges, Francisco Luis Bernárdez y Leopoldo Marechal, intentan revivir la revista *Proa*, y, con este propósito, le solicitan a Alfonso Reyes una colaboración. Reyes responde y envía un texto. Véanse abajo, en «Epistolario», ambas cartas con el membrete de PROA-Revista Literaria, los nombres de «Borges-Bernárdez-Marechal», y con la anotación manuscrita de Reyes del 23 de marzo de 1928. La empresa finalmente no se concreta y, al año siguiente, con la activa colaboración de Reyes, aparece el único número de la revista *Libra* (1929), publicado por el editor Gleizer. En noviembre de 1929, los «nuevos» planean volver a sacar la revista *Martín Fierro* y anuncian en la prensa la futura colaboración de Reyes (Corral, 2003).

A continuación, se reproduce una carta inédita enviada por Bernárdez a Alfonso Reyes, durante su primera estancia en Buenos Aires, entre 1927 y 1930, como embajador de México en la Argentina. Todas las cartas de Bernárdez se conservan en La Capilla Alfonsina de la Ciudad de México. Fechada el 6 de diciembre de 1929, muestra la amistad cordial que existía entre Reyes y la «muchachada». En esta carta, con membrete del periódico *El Mundo* (Secretaría de la Dirección), Bernárdez lo convida a una reunión de amigos en una confitería porteña. Alude a la pintora Elena Cid, que preparaba entonces las ilustraciones del libro de poemas de Reyes, *Otra voz*, que finalmente se publicaría en México, en 1936, en la editorial Fábula.

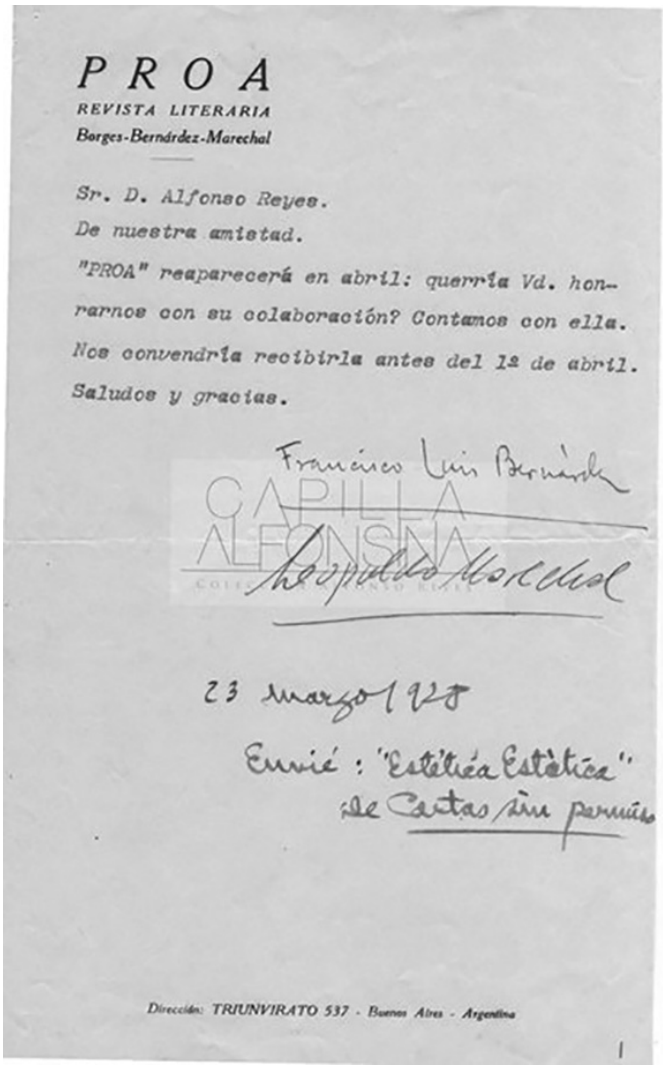
Aunque, en el archivo de La Capilla Alfonsina, no encontramos cartas cruzadas entre Reyes y Marechal, damos a conocer una esquela de don Alfonso al poeta argentino, de 1936, justo cuando el mexicano regresa a Buenos Aires en su segundo y breve periodo como embajador de México, antes de su regreso definitivo a México, a finales de 1938. Esta última carta, en la que Reyes le agradece a Marechal el envío de su libro *Laberinto de amor* (1936), pertenece al archivo de la Fundación Leopoldo Marechal en Buenos Aires.

Las dedicatorias a Alfonso Reyes que se reproducen en este apéndice provienen de los libros de Reyes custodiados en la Biblioteca Central de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Destacamos la dedicatoria del primer libro de Borges, *Fervor de Buenos Aires*, publicado en 1923, cuando es muy probable que no se conocieran: «A Alfonso Reyes, hombre de docta perspicacia». Donald A. Yates aludía ya en 1978 a este envío y a la carta de respuesta de Reyes, de 1924, en la que le agradecía el envío (Yates, 1978). José Emilio Pacheco recuerda este último dato (Pacheco, 1979, p. 2). Hay que decir que, de todos los jóvenes corresponsales argentinos de Reyes, Molinari fue, sin duda, el más constante en sus envíos a Reyes a lo largo de los años. El último libro de poesía que le envía a Reyes, *Unida noche*, publicado en 1957, y cuya dedicatoria se reproduce aquí, está íntegramente dedicado a Reyes.

Agradecemos a La Capilla Alfonsina de la Ciudad de México, a la Biblioteca Alfonso Reyes de la Biblioteca Central de la Universidad de Nuevo León y a la Fundación Leopoldo Marechal su autorización para reproducir estos materiales.

1. Epistolario

Cartas mecanuscritas con firmas autógrafas de Francisco Luis Bernárdez y Leopoldo Marechal a Alfonso Reyes. Anotación manuscrita de Reyes (Capilla Alfonsina-INBAL).



PROA

REVISTA LITERARIA

Borges-Bernárdez-Marechal

Sr. D. Alfonso Reyes.

De nuestra amistad.

"PROA" reaparecerá en abril: querría Vd. honrarnos con su colaboración? Contamos con ella. Nos convendría recibirla antes del 1º de abril.

Saludos y gracias.

Francisco Luis Bernárdez

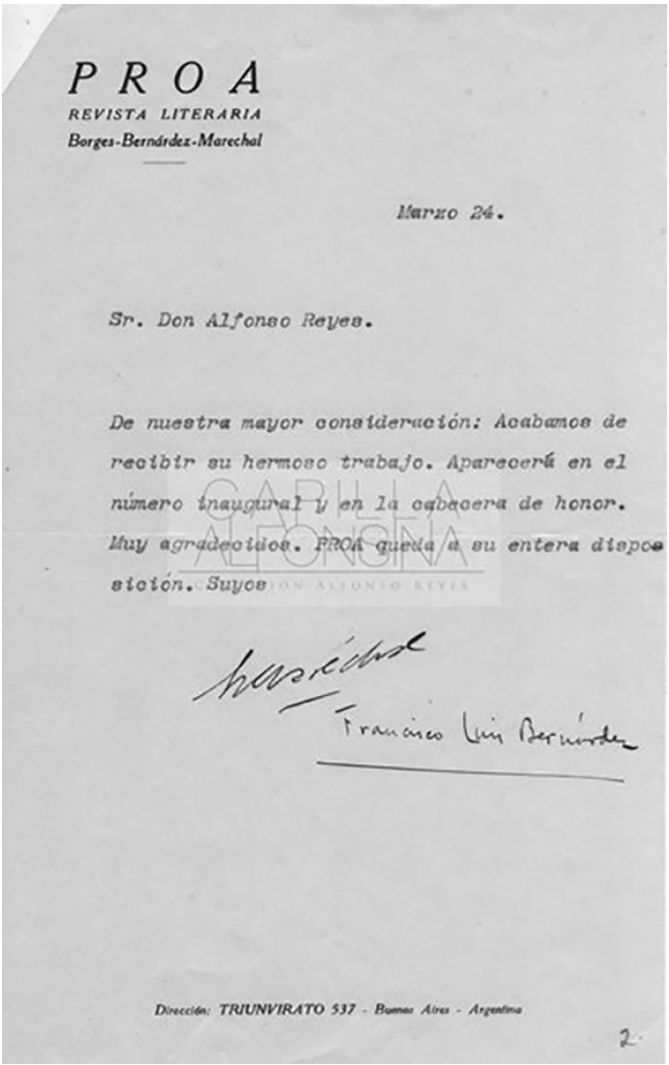
Leopoldo Marechal

23 marzo 1928

Envié: "Estética Estética" de Cartas sin permiso

Dirección: TRIUNVIRATO 537 - Buenos Aires - Argentina

1



PROA
REVISTA LITERARIA
Borges-Bernárdez-Marechal

Marzo 24.

Sr. Don Alfonso Reyes.

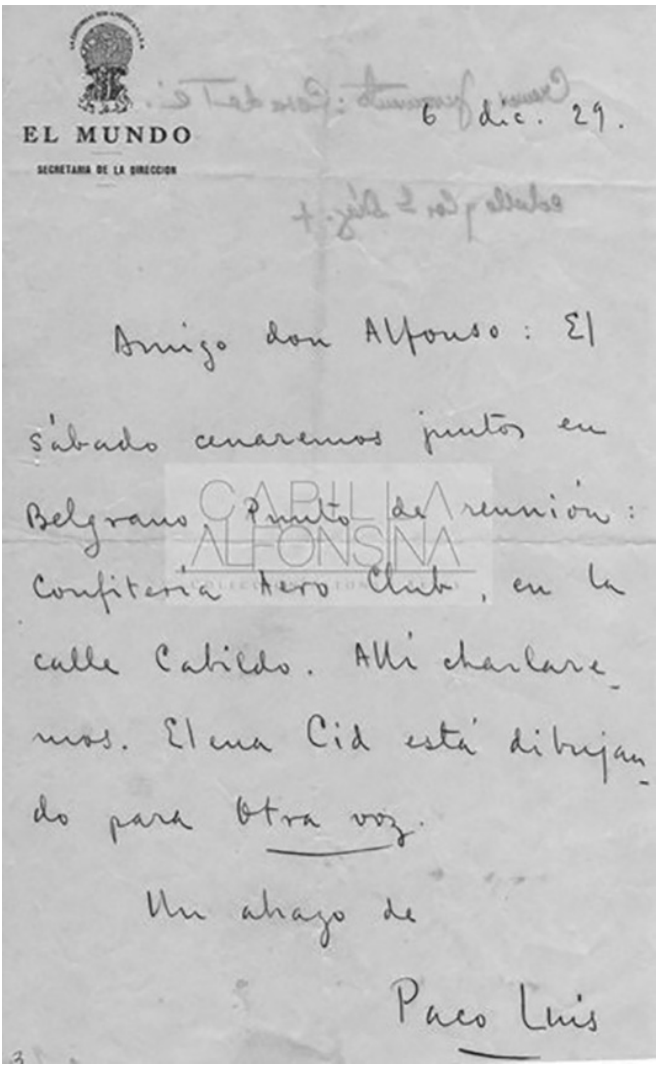
De nuestra mayor consideración: Acabamos de recibir su hermoso trabajo. Aparecerá en el número inaugural y en la cabecera de honor. Muy agradecidos. PROA queda a su entera disposición. Suyos

Francisco Luis Bernárdez

Dirección: TRIUNVIRATO 537 - Buenos Aires - Argentina

2.

Carta manuscrita de Francisco Luis Bernárdez a Alfonso Reyes, del 6 de diciembre de 1929 (Capilla Alfonsina-INBAL); y carta mecanuscrita de Alfonso Reyes (6 de julio de 1936) a Leopoldo Marechal (Fundación Leopoldo Marechal, Buenos Aires).



EL MUNDO

SECRETARIA DE LA DIRECCION

6 dic. 29.

Amigo don Alfonso: El sábado cenaremos juntos en Belgrano. Punto de reunión: Confitería Aero Club, en la calle Cabildo. Allí charlaremos. El ma Cid está dibujando para otra vez.

Un abrazo de

Paco Luis

CAPILLA ALFONSINA

EMBAJADA DE MEXICO

Buenos Aires, 6 de julio de 1936.

Sr. Leopoldo Marechal
Calle México 3306
CAPITAL.

Querido y admirado Leopoldo:

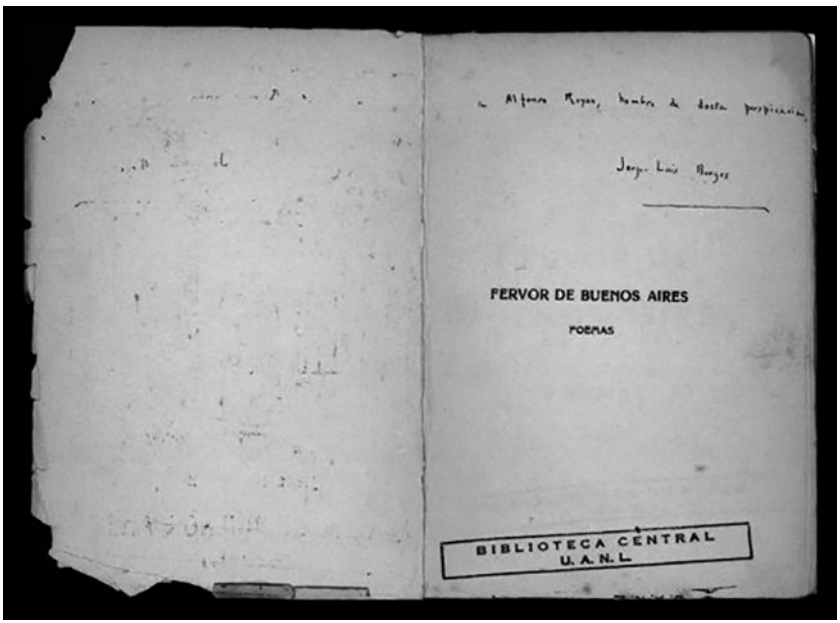
No puede usted brindarme mejor bienvenida que su noble y claro poema "Laberinto de Amor".

Ya hablaremos de todo ello. Por ahora me limito a felicitarlo, enviándole un abrazo cordial,

Alfonso Reyes

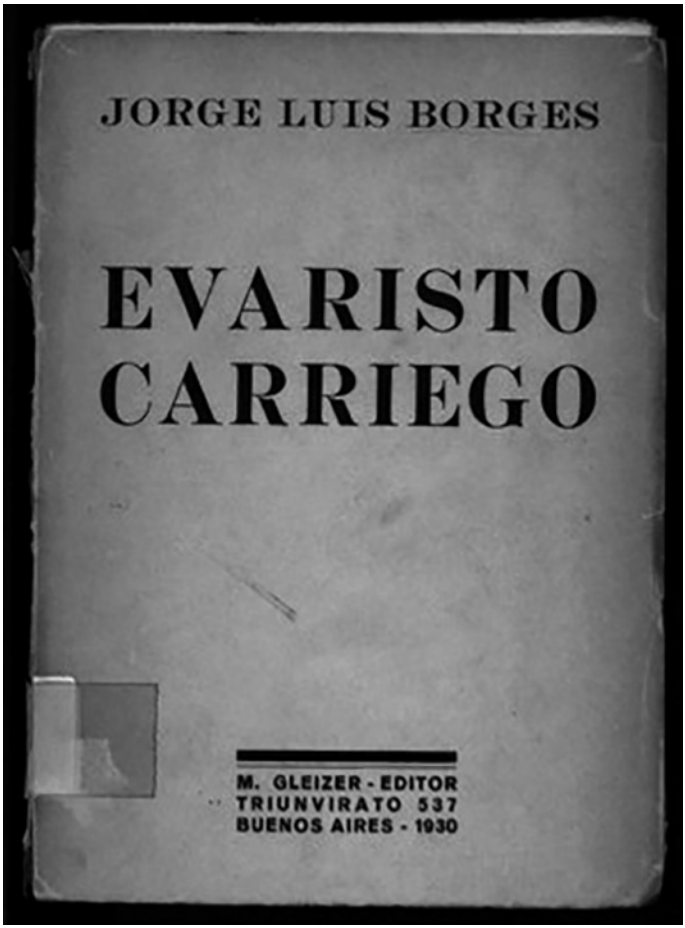
II. Dedicatorias

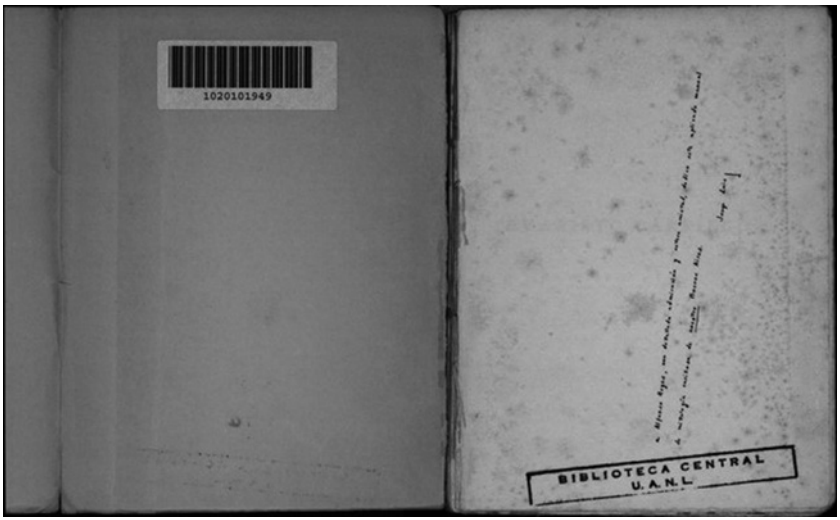
Jorge Luis Borges a Alfonso Reyes, *Fervor de Buenos Aires* (1923).



«a Alfonso Reyes, hombre de docta perspicacia – Jorge Luis Borges».

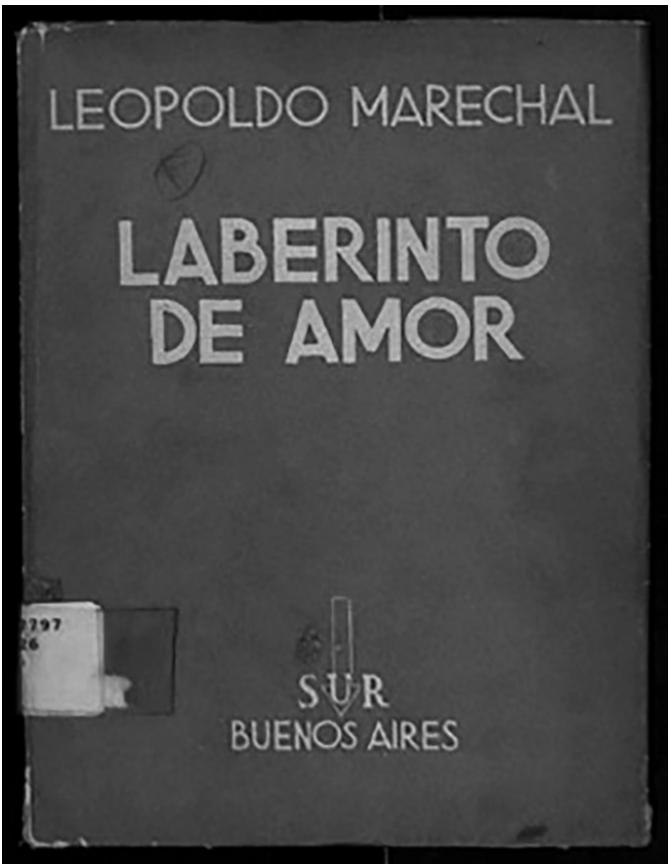
Jorge Luis Borges a Alfonso Reyes, *Evaristo Carriego* (1930).

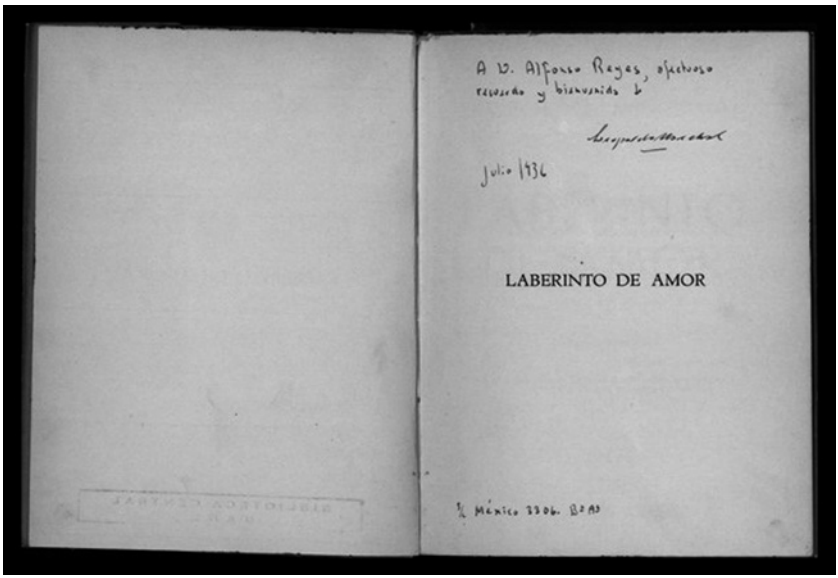




«A Alfonso Reyes, con detallada admiración y entera amistad, dedico este aplicado manual de mitología cariñosa de *nuestro* Buenos Aires – Jorge Luis».

Leopoldo Marechal a Alfonso Reyes, *Laberinto de amor* (1936).




A D. Alfonso Reyes, afectuoso recuerdo y bienvenida de

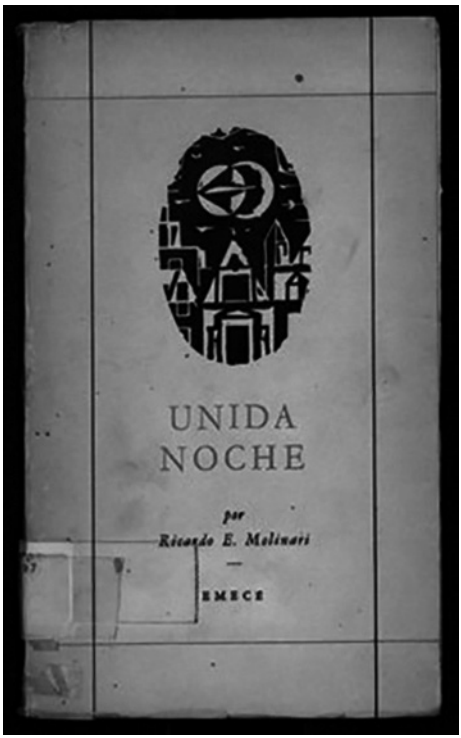
Leopoldo Marechal

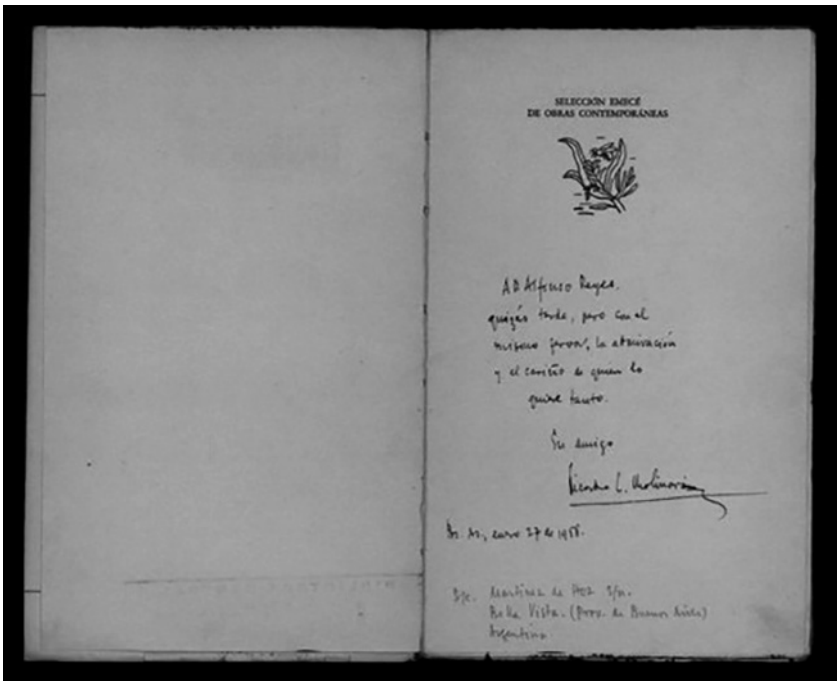
Julio 1936

LABERINTO DE AMOR

«A D. Alfonso Reyes, afectuoso recuerdo y bienvenida de Leopoldo Marechal, Julio 1936».

Ricardo Molinari a Alfonso Reyes, *Unida noche* (1957).




SELECCIÓN EDICÉ
DE OBRAS CONTEMPORÁNEAS

A D. Alfonso Reyes.
quizás tarde, pero con el
mismo fervor, la admiración
y el cariño de quien lo
quiere tanto.
Su amigo
Ricardo E. Molinari
Bs. As., enero 27 de 1958.

S/c. Martínez de Hoz s/n.
Bella Vista. (Prov. de Buenos Aires)
Argentina.

«A D. Afonso Reyes, quizás tarde, pero con el mismo fervor, la admiración y el cariño de quien lo quiere tanto. Su amigo, Ricardo E. Molinari, Bs. As., enero 27 de 1958».

Referencias Bibliográficas

AA. VV. (1929). *Libra.* Facsimilar de la revista. Ciudad de México: El Colegio de México, 13-37.

Bernárdez, F. L. / Reyes, A.: «Correspondencia inédita». Ciudad de México: Capilla Alfonsina-INBAL.

Corral, Rose [ed.] (2003): "Alfonso Reyes y la revista argentina *Libra*", en edición facsimilar de la revista *Libra* [1929], El Colegio de México, México, 13-37.

García, C. (2010). *Discreta efusión. Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes. Epistolario (1923-1959) y crónica de una amistad*. Ciudad de México: El Colegio de México-Bonilla Artigas Editores.

Henríquez Ureña, P. (1928). *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires: Babel.

Henríquez Ureña, P. / Reyes, A. (1983). *Epistolario íntimo 1906-1946*, vol. 2 (1927-1930). (Recopilación de Juan Jacobo de Lara). Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

Lafon, M. (1990). *Borges ou la réécriture*. París: Seuil.

Larbaud, V. / Reyes, A. (1972). *Correspondance 1923-1952*. (Introducción y notas de Paulette Patout). Klincksieck: París.

Marechal, L. ([1926] 1995). «El gaucho y la nueva literatura rioplatense». Edición facsimilar de la revista *Martín Fierro*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.

Marechal, L. (1998). *Obras completas*. *Los cuentos y otros escritos*, t. v. Buenos Aires: Perfil.

Monsiváis, C. (1989). «La toma de partido de Alfonso Reyes». *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 37/2, 505-519.

Pacheco, J. E. (1963, ago. 7). «Alfonso Reyes-Jorge Luis Borges. Correspondencia». *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre*, núm. 77. [Texto publicado de manera anónima].

Pacheco, J. E. (1979). «Borges y Reyes: una correspondencia (notas y transcripciones de José Emilio Pacheco)». *Revista de la Universidad de México*, vol. 34, núm. 4, 1-16.

Pacheco, J. E. (2019). *Jorge Luis Borges*. Sinaloa: Era-El Colegio Nacional-Universidad Autónoma de Sinaloa.

Petit de Murat, U. (1957). «Recuerdo argentino de Alfonso Reyes».

Páginas sobre Alfonso Reyes (1946-1957). Nuevo León: Universidad de Nuevo León, 437-440.

Reyes, A. (1927a, jul. 3). «Una de las más vigorosas personalidades de la intelectualidad joven de México llegó ayer a Buenos Aires». *La Época* (Buenos Aires). Ciudad de México: Capilla Alfonsina-INBAL.

Reyes, A. ([1927b, jul. 3] 1998). «Debemos hacer nuestra propia tabla de valores». *La Nación* (Buenos Aires). (Eduardo Robledo Rincón, coord.). *Alfonso Reyes en Argentina.* Buenos Aires: Eudeba-Embajada de México, 76-79.

Reyes, A. (1928, ago. 1). «Del Señor Alfonso Reyes». *La Revista Social* (Buenos Aires). Ciudad de México: Capilla Alfonsina-INBAL.

Reyes, A. (1929, may. 15). «¿Cuáles son los ideales y la moral de la nueva generación?». *Crítica* (Buenos Aires). Ciudad Autónoma de México: Capilla Alfonsina-INBAL.

Reyes, A. (1936). «Notas sobre la inteligencia americana». *Sur* (Buenos Aires), 6, 24, 7-15.

Reyes, A. ([1932] 1960a). «A vuelta de correo». *Obras completas*, t. 8. Ciudad Autónoma de México: FCE, 427-449.

Reyes, A. ([1932] 1960b). «Discurso por Virgilio». *Obras completas*, t. 11. Ciudad Autónoma de México: FCE, 157-181.

Reyes, A. ([1942] 1960b). «Posición de América». *Obras completas*, t. 11. Ciudad Autónoma de México: FCE, 254-270.

Reyes, A. (1944). *Norte y Sur (1925-1942)*. Ciudad Autónoma de México: Editorial Leyenda.

Reyes, A. (1969). *Diario 1911-1930*. Guanajuato: Universidad de Guanajuato.

Reyes, A. (2011). *Diario III (1930-1936)*. (Jorge Ruedas de La Serna, ed.). Ciudad Autónoma de México: FCE.

Reyes, A. / Estrada, G. (1993). *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, t. II (1927-1930). (Compilación y notas de Serge I. Zaïtzeff). Ciudad Autónoma de México: El Colegio Nacional.

Reyes, A. / De Torre, G. (2005). *Las letras y la amistad. Correspondencia (1920-1958)*. (Carlos García, ed.). Valencia: Pre-textos.

Reyes, A. / Ocampo, V. (2009): *Cartas echadas*. (Héctor Perea, ed.).

Ciudad Autónoma de México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Reyes, A. / Lida, R. / Lida de Malkiel, M. R. (2009). *Correspondencia* (Serge I. Zaïtzeff, ed.). Ciudad Autónoma de México: El Colegio de México.

Robledo Rincón, E. [coord.] (1998): *Alfonso Reyes en Argentina*. Buenos Aires: Eudeba-Embajada de México.

Vela, A. (1924, may. 15). «En el plano oblicuo de Alfonso Reyes». *El Universal Ilustrado* 366, 32-33 y 59.

Willis Robb, J. (1967). «Borges y Reyes: una relación epistolar». *Humanitas*. *Anuario.* Monterrey: Universidad de Nuevo León, VIII.

Yates, D. A. (1978, ene-dic). «Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: una amistad literaria». *Boletín de la Capilla Alfonsina* 33, 47-55.

Zaïtzeff, S. I. (2008). *20 epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes*. Ciudad Autónoma de México: El Colegio Nacional.